



temas de hoy

Novela

403 g

94 260 palabras

Mi querida favorita

Marieke Lucas
Rijneveld



MARIEKE LUCAS RIJNEVELD
MI QUERIDA FAVORITA

Traducción de Maria Rosich Andreu

Título original: *Mijn Lieve gunsteling*

© Marieke Lucas Rijneveld, 2020

Publicado originalmente por Uitgeverij Atlas contact, Amsterdam

Temas de hoy agradece el apoyo de la Dutch Foundation for Literature

© por la traducción, María Rosich Andreu, 2021

Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© Editorial Planeta, S. A., 2022

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2022

ISBN: 978-84-9998-903-7

Depósito legal: B. 71-2022

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Te lo digo ya de entrada, mi querida favorita, aquel verano obstinado debería haberte extirpado con un cuchillo pezuñero como una úlcera en el cuerno de la pezuña, dejando una abertura en el espacio interdigital para que salieran el estiércol y la suciedad, y nadie pudiera infectarte. O tal vez solo debería haberte pelado y raspado un poco con la amoladora para luego limpiarte y secarte con un poco de serrín. Cómo demonios pude olvidar la advertencia que recibí durante mi formación como veterinario, en las clases sobre recorte de pezuñas, defectos de la corona, laminitis y la enfermedad de Mortellaro, también conocida como pie apestoso, donde nos repitieron hasta la saciedad que había que tener cuidado de no cortar en carne viva, no hay que herir nunca la carne viva, nos repetían una y otra vez, pero ay, ¡mi debilidad, mi flaqueza! Aquel verano obstinado yacías como un ternero que viene de nalgas en la sala de partos de mis deseos enfermizos, yo era el cómplice de la locura, era incapaz de no desearte, mi elegida celestial; cuantas más veces me agachaba entre los cuerpos humeantes de las vacas de raza blaarkop sin-

tiendo tu irresistible presencia por ahí cerca, entre la hierba recién segada y rodeada de arábide, porque pasabas horas sentada bajo el peral, inclinada sobre el mástil de tu guitarra blanca como la nieve, practicando una canción de The Cranberries, más ganas tenía de detectar un desplazamiento de abomaso o de constatar la necesidad de extirpar tejidos hipertrofiados para poder quedarme un rato más cerca de ti, oír que volvías a empezar desde el principio si tocabas una cuerda equivocada o que intentabas alcanzar una nota alta con aquella voz sonora y angelical tuya, entonces guardabas silencio un momento y yo me imaginaba que soplabas con las mejillas rojas para apartarte un mechón de pelo de la cara, un mechón que siempre volvía al mismo sitio, y ah, tenías una manera tan bonita de soplar, como un niño con un diente de león, y cantabas sobre tanques, bombas, armas, sobre la guerra, y yo no dejaba de pensar en ti, sí, pensaba en ti mientras me enfundaba un guante transparente de color naranja que me llegaba hasta el hombro, lo rociaba con VetGel, lubricante veterinario, y lo deslizaba al interior de la vagina de una vaca de doble propósito, y también mientras agarraba con una mano las patas de la cría enfundada en aquella membrana viscosa y tiraba de ella suavemente al ritmo de las contracciones mientras con la otra mano acariciaba el anca empapada de la vaca parturienta para tranquilizarla, y mientras le hablaba suavemente y a veces recitaba unos versos de Beckett que no repetiré aquí, porque nadie los valora excepto tú y las blaarkop, y mientras me ponía la bata verde de veterinario, me la abrochaba y empezaba a trabajar; cada vez anhelaba más intensamente que estuvieras por ahí, quería que me dedicaras las mismas sonrisas dulces que a los fornidos mozos que a la hora de comer se sentaban a la mesa de la cocina, parapetados tras un muro de sándwiches apilados, untados con una gruesa capa de mantequilla y rellenos de salchicha ahumada; no se atrevían a acercarse a ti, eras un animal que no habían estudiado, no tenías cuatro estó-

magos sino uno solo, que era insaciable, pero yo te conocía desde que eras pequeña, te conocía perfectamente, aunque eras demasiado joven para que yo te deseara y al mismo tiempo demasiado fogosa e impaciente para tolerar más condescendencia y paternalismo, noté por tu actitud que querías liberarte de la autoridad paterna y de la granja en la que habías crecido y que se llamaba De Hulst, en honor a Willem Gerrit van de Hulst, el autor de libros cristianos para niños que era el único escritor que tu padre conocía y cuya obra completa había leído de cabo a rabo; cuando tenía un buen día, te leía sus textos en voz alta y tú soñabas que eras un panecillo dulce como el del cuento, que a todo el mundo se le hacía la boca agua al verte y quería darte un mordisco, de modo que a todas horas tenías que proteger tu cuerpo azucarado del rey, los golosos y las hormigas, y ahora que estoy escribiendo esto que nunca había tenido la intención de escribir, me doy cuenta de que quizás debería haberme tomado ese sueño más en serio, en aquel momento no presté tanta atención al sueño como a tu actitud, a cómo te estabas apartando, no solo de la granja, sino también de los establos adyacentes, en cuyos tejados había amianto que tu padre se negaba a hacer tratar porque Dios era quien decidía si tendrías cáncer o no, no dependía de unas viejas chapas onduladas, y también te estabas apartando de Él, querías escapar de Dios y al mismo tiempo temías su ira, su juicio final, y a veces en la cama susurrabas un fragmento del himno ciento dieciocho: Oh, líbrame de mi dolor temeroso. Pero sobre todo querías liberarte de tu padre, que era amable pero muy estricto, caprichoso y receloso, y querías darle la espalda pero también le tenías mucho cariño, como a Bully, el toro arisco que solo se dejaba acariciar después de haber comido o haber montado una vaca, y el cual a veces prestabais a otros ganaderos, por cada monta os pagaban un tanto que se guardaba en un tarro de mermelada sobre la repisa de la chimenea de la cocina, y con ese dinero os ibais de vacaciones, sí, Bully pagaba

vuestras vacaciones a Zelanda, y cada vez que vuestro padre os compraba algo ahí, desde el relleno de los sándwiches hasta las revistas del Pato Donald, decía: Ya podéis dar las gracias a Bully. Y supe que intentabas liberarte de ti misma por el tono huraño y arisco con que contestabas a tu padre cuando hacía ademán de cerrarte la cremallera del mono, no para protegerte de la niebla fría de la mañana, sino para poder tocarte un momento, la hija que cada vez necesitaba menos la ayuda de sus manos ásperas, llenas de surcos y callos, y entonces me miré las mías, suficientemente grandes y fuertes como para agarrar con firmeza las tuyas, tenía experiencia con manos infantiles, pero era diferente, porque las otras manos infantiles se aferraban a mí, mientras que a ti era yo quien quería darte la mano, entrelazar mis dedos con los tuyos y notar el anillo de plástico con una mariquita que llevabas en el dedo corazón, te lo había regalado el ortodoncista cuando te dijo que tendrías que llevar arco extraoral y esta horrible noticia te dejó tan afectada que te permitieron elegir el regalo que quisieras de la caja de premios por portarse bien, y te decidiste por este anillo un poco demasiado holgado; me pasaría horas trazando círculos con el pulgar sobre la palma de tu mano, como un rumiante mareado. En la pausa del café solo escuchaba a medias las historias de tu padre, que me recordaba a un joven Mick Jagger mezclado con Rutger Hauer cuando hablaba con vehemencia de su ganado, de la sequía en los campos y las acequias, de que si las flores de las apiáceas no se aguantaban derechas en un jarrón sobre la mesa significaba que la cosecha sería mala, yo asentía sin prestar atención, en toda vuestra granja no había ni un solo jarrón, y la gente que no tiene plantas ni flores en casa es más propensa a preocuparse sobre las cosechas, aunque el año sea bueno, y volvía a asentir cuando me decía que a las vacas les gusta una dieta monótona, que son animales de costumbres, como él, y que a veces les ponía música clásica, Chopin o Vivaldi, y que así por la noche la leche sabía más cremosa; yo forzaba

una sonrisa en los momentos adecuados, pero en realidad solo me interesaba saber de ti, habría querido charlar de ti como charlábamos del ganado, del celo y su naturaleza caprichosa, y los ojos se me iban hacia el prado en el que saltabas a la cama elástica con tu hermano, intentando tocar el cielo, a ver quién era el primero que alcanzaba a hacer cosquillas a Cristo, querías matarlo a cosquillas y más tarde me contarías que los romanos usaban las cosquillas como método de tortura, ataban a la persona y hacían que una cabra le lamiese las plantas de los pies durante mucho rato, y mientras saltabas cada vez más alto en la cama elástica, tus cabellos rubios bailaban y brillaban como espigas de trigo alrededor de tu delicado rostro; vi lo rápido que te cansabas del juego y te ponías a mirar a lo lejos, por encima de las hojas relucientes de las lechugas y los puerros del huerto, ansiando la vida que te esperaba fuera de The Village, querías irte del mismo modo que la mayoría de chicas y chicos de tu edad quieren abandonar el frente doméstico tarde o temprano, algunos se alistaban y entraban en el ejército para luego volver con morriña a los colores de camuflaje de The Village, pero tú estabas segura de que nunca te afectaría la melancolía, todo lo que poseías estaba en tu cabeza, y yo entonces no podía saber que no tenías un hogar, aunque amabas la granja De Hulst hasta el fondo de sus listones de madera, y pensar que ibas a irte, que ibas a alejarte en bicicleta por el dique Prikkebeensedijk, esquivando los adoquines sueltos, y que dejarías a tu padre en la estacada, te hacía retomar el juego en la cama elástica con un suspiro, sí, se te daban mal las despedidas, me dirías más adelante, *so bad*; yo hacía tiempo que me había dado cuenta, por los pucheros que hacías los sábados por la mañana cuando cargaban a los terneros para llevárselos al matadero, no parabas de abrazarlos y rascarles detrás de las orejas y susurrarles palabras ininteligibles: ahí fue cuando entendí que llevabas una pérdida auestas, y me habría gustado quitártela con antiinflamatorios o, mejor aún, llenando

el vacío. Si bien nunca nos decíamos nada, durante todos aquellos años que fui a la granja te acercaste varias veces a ver cómo inseminaba o examinaba una vaca, y traías un cubo con agua caliente y un platito con una pastilla de jabón potásico para que me pudiera lavar las manos sucias de sangre y heces, y me alargabas un viejo trapo de cocina a cuadros, pero no salía ni una palabra de tus preciosos labios, que tanto me apetecía palpar como hacía con las reses que padecían lengua azul; tú no tenías lengua azul, estabas perfectamente sana y tenías muy buen aspecto, y entonces ya sabía que yo iba a ser el primer hombre en verte como querías que te vieran, como una adulta de catorce años, todos los chavales de catorce años quieren que los vean mayores de lo que son, pero tú no solo querías, sino que te comportabas como tal, y sin embargo, bajo esos movimientos elegantes y casi adultos, yo aún entreveía la infancia, y en esos momentos era cuando más te quería, tanto que a veces me daba vértigo, como si hubiese pasado demasiado tiempo inhalando vapores de penicilina; esa infancia era especialmente visible cuando paseabas por el patio hablando sola, cuando chillabas como una chiquilla los días soleados en los que tu padre os rociaba a ti y a tu hermano con la manguera, o cuando te veía pasar riéndote con tus amigas, tus piernas bronceadas enfundadas en unas botas altas enormes, y os comportabais como si tuvierais el mundo a vuestros pies, como las avispas que se dan un festín con la pulpa jugosa de las peras que se caen del árbol, vosotras erais esas avispas, fuertes e indestructibles, pero también veía que te debatías en aquella zona nebulosa entre niña y mujer, que temías convertirte en alguien que nunca llegaría a estar en primer plano y llevabas la pérdida a cuestras sobre tus hombros estrechos como un velo de neblina; yo te observaba cuando caminabas sola entre la hierba alta y la colza al lado de la acequia de detrás de la granja después de que se llevaran a los terneros y los iglús quedaran desiertos y en silencio, luego te pondrías un traje impermeable y

los limpiarías milímetro a milímetro con agua a presión, como si pensaras que así borrarías de tu cabeza la existencia de los terneros; y en ese momento supe que estabas llorando allí en la acequia, simplemente lo supe, pero no me puse a observarte en serio hasta que empezaron las vacaciones de verano, cuando tenías exactamente catorce años, dos meses y diecisiete días, y estabas tumbada boca arriba en el heno con un libro de Roald Dahl sobre la cabeza, *Danny the Champion of the World*, yo limpiaba concienzudamente un rastrillo bajo el grifo de la pared del establo, y supe que por un momento te sentías segura, que estabas en un mundo en el que te entendían, en el que querías quedarte para siempre, te oí reír unas cuantas veces y tardaste tanto en levantarte que el heno quedó aplastado y tu huella seguía siendo visible cuando ya te habías ido, y puse la mano sobre las briznas de hierba seca, todavía un poco calientes, y habría querido que te sintieras así siempre, de verdad, pero todo cambió de repente, el siete de julio para ser exactos, cuando empezaste a hablar conmigo: ese mismo día comencé a trazar marcas con lápiz en el armario de los contadores para saber cuántas noches tardaría en volver a vuestra granja para la inspección semanal de las reses; y aquel día concreto del verano el viento soplaba del sudeste y yo había estado tarareando alegremente una canción que sonaba en la radio de la sala de ordeño, yo no tarareaba nunca, pero en aquella ocasión me invadió una especie de claridad y ligereza de ánimo, aquel día había un montón de cosas que iban mal, así que estaba encantado porque podría quedarme más rato en vuestra granja, había muchas vacas cojas, con tiña o déficit de calcio, y sin que yo te hubiera oído entrar me dijiste de repente y sin venir a cuento que no era tu canción favorita, estabas apoyada en el tanque de refrigeración, las canciones favoritas no salían casi nunca en la radio, añadiste, tenías que buscártelas tú en la tienda de discos de la ciudad del otro lado del lago Woedeplass, pero dijiste que aun así la canción te parecía bonita porque era

muy dramática y porque en el videoclip la cantante interpretaba la canción con el rímel corrido en un taxi Austin negro en la estación de metro Warwick Avenue, y sabías perfectamente que en ese momento no sentía lo que decía la letra, que las lágrimas eran falsas porque de lo contrario no podría cantar, pero aun así te servía porque hacía que te sintieras menos sola, aunque nunca habías estado en un taxi, y luego te sonrojaste ligeramente al decir que a veces fingías que tocabas y cantabas esa canción ante una sala llena, con las personas más importantes que conocías en primera fila, les encantaría, hasta les parecería sublime, usarías lágrimas falsas para conseguir el mismo efecto, porque no sabías provocarte el llanto, solo podías si pensabas en los muertos, pero no se puede cantar y pensar en los muertos al mismo tiempo, no, eso es imposible, lo único que eras capaz de hacer mientras pensabas en los muertos era montar en bicicleta, porque los hundías en sus tumbas a golpe de pedal mientras llorabas, y entonces te diste la vuelta como si nada, como si haber hablado conmigo no tuviera importancia, como si no quisieras que estuviese seguro de si realmente habías dicho algo o lo había soñado, y acariciaste el tanque de refrigeración con una mano como si fuera el lomo de una vaca; ojalá te hubiese contestado, ojalá hubiese tenido el valor de decirte algo aquella tarde, pero me quedé mudo como la cantante de la radio y te sonreí cuando ya te habías dado la vuelta, solo alcancé a oír que Gerrit Hiemstra, el hombre del tiempo, decía que iba a ser un verano turbulento, sobre todo en el norte del país, y la palabra *turbulento* solo cobraría sentido más tarde, cuando empecé a preguntarme si esa temporada era cuando se había abierto la brecha en mi vida, si fue aquí, entre los cubos de leche con los bordes amarillentos de calostro, donde habían tomado cuerpo mi ansia insana y mi deseo por ti, o si ya venían de antes y la brecha estaba en algún punto de los recuerdos de la infancia que los magistrados acabarían obligándome a relatar miserablemente; en cualquier caso, al

llegar a casa me puse a buscar en Internet la letra de la canción de la radio sin ni siquiera cambiarme de ropa y leí con avidez los versos de «Warwick Avenue», pegué el texto en un archivo de Word y subrayé las palabras que me pareció que encajaban con lo que sentía por ti, y luego escuché la música con la que crecí y también subrayé versos, canciones de Patti Smith, The Rolling Stones, Frank Zappa, Lou Reed, sí, sobre todo Lou Reed, porque su canción «Walk on the Wild Side» había sido boicoteada durante un tiempo, algo que luego me parecería que nos hacían a nosotros, no podía escuchar las canciones sin pensar en ti, en cómo las analizarías balanceándote sobre las puntas de los pies, así que un mes más tarde, cuando fui a vuestra granja a examinar una vaca con la ubre hinchada, probable síntoma de mastitis de verano, y te vi de nuevo en el heno con un libro, esta vez el primer volumen de la serie de Harry Potter, *La piedra filosofal*, que en sexto habías copiado palabra por palabra en Windows 95 porque lo habías sacado de la biblioteca y te parecía demasiado bonito para devolverlo pero no querías que te pusieran una multa enorme, te di un sobre de luto con las letras (un sobre de luto de color crema porque era lo único que tenía en casa, estos sobres estaban destinados a las personas cuyas mascotas tenía que sacrificar, en esos casos solía incluir en el sobre el poema «Joy in Death» de Emily Dickinson) sin hacer ningún comentario sobre las frases subrayadas, eso vendría más tarde, me dije, cuando estuviese sentado en primera fila, encantado de la vida y henchido de orgullo, aplaudiendo y silbando y hasta gritando algo de Beckett, haría bocina con las manos y gritaría: *When you're in the shit up to your neck, there's nothing left to do but sing*. Y acto seguido pensaría: hela ahí, mi fogosa fugitiva, mi fastuosa criatura.